

«Adolfo, ¡escayola!», ordenaba el alcalde, con industrioso entusiasmo, a un hombre fornido de aspecto campesino que estaba a su lado. Adolfo, con puntual obediencia, se ponía a amasar entre sus gruesos dedos una porción de yeso que previamente había humedecido en un plato. El alcalde estaba inclinado sobre una mesa mirando fijamente un molde hecho de madera y escayola, y tendía la mano para que Adolfo le entregara el amasijo que le servía para corregir las imperfecciones del molde con ayuda de una espátula. La operación se repitió varias veces durante el tiempo que estuve allí. A menudo, el alcalde levantaba la cabeza y se quedaba mirando el techo con los ojos entornados, en actitud de estar extraviado en sus profundos pensamientos. Se oía, estoy por decir, en aquel momento, el zumbido de su cerebro; y sus ayudantes, Manolo el carpintero, Carbonel y el mismo Adolfo, guardaban un expectante silencio. Luego, ordenaba nuevo amasado de escayola y se le veía rellenar huecos, perfilar aristas y dibujar contornos con el mismo afán que si estuviera realizando una de las pruebas del concurso «Un millón para el mejor» que, hace ahora algo más de dos años, le hiciera famoso. Cuando alguna de aquellas operaciones le salía aceptablemente, se volvía a mí y me decía: «Nunca lo había hecho». «Sé cómo se hace de haberlo visto hacer» o «En este mundo, mi querido amigo, hay que hacer de todo».

El improvisado escayolista era, no hace falta decirlo, don Rafael Canalejo, alcalde de Belmez y propietario en la actualidad de una pequeña fábrica de juguetes que él mismo ha fundado no hace mucho en su pueblo. El molde a cuya trabajosa confección estaba yo asistiendo, pertenecía a la caja de protección de un juego de parchis de su invención, que lleva el nombre de «Asalto al Castillo», y en el que una legión de moros y una hueste de cristianos se disputan la posesión de una fortaleza de plástico que emerge, amenazante, del tablero. Llegué a Belmez aquella tarde, en el curso de un reciente viaje por Andalucía, y aunque no tenía pensado quedarme a dormir en el pueblo, decidí finalmente hacerlo para tener ocasión de visitar al célebre alcalde. El hostel al que fui a parar, situado en las afueras del pueblo, resultó deberse también a la fecundidad promotora de don Rafael Canalejo y ser una consecuencia directísima del popular concurso televisivo. Le llamé por teléfono y me citó en la fábrica, donde estaba preparando a marchas forzadas las muestras para la inminente Feria del Juguete de Valencia.

El pueblo de Belmez —allí no se cansan de insistir a los viajeros que la pronunciación correcta del nombre es con acento agudo, como Jerez, y no grave— está situado en la cuenca carbonífera del Guadiato, cuya capital es la ciudad de Peñarroya-Pueblonuevo. La decadencia de la minería del carbón ha arruinado esta comarca. Queda alguna mina en explotación para alimentar una central térmica que se construyó en una localidad algo alejada de la región, precisamente con el propósito de paliar en parte el paro y la emigración de los mineros. En Peñarroya pueden verse todavía los esqueletos de las abandonadas fábricas de productos químicos, textiles y otros que la compañía francesa mantenía antes de vender sus bienes al Estado español, junto con sus explotaciones mineras. La ciudad, que se extiende en un área muy amplia, produce una penosa impresión de vacío. Según me decían ha des-



VISITA AL ALCALDE DE BELMEZ

cendido en pocos años desde los cincuenta mil habitantes hasta los dieciocho mil que ahora tiene. Se ven barrios enteros de casitas unifamiliares que fueron construidas por la compañía para los trabajadores, donde hoy no vive absolutamente nadie. Se ve poca gente por la calle y los que aún quedan allí viven con la certeza de que tendrán que emigrar dentro de no mucho tiempo de una ciudad que era próspera hace solamente unos años. Es patética la visión de Peñarroya-Pueblonuevo, y al profano en economía le resulta incomprensible que se haya dejado morir un núcleo industrial de estas características.

En Belmez, en menor grado que en Peñarroya-Pueblonuevo, ha pasado algo parecido. La decadencia de la capital de la comarca, que está a seis o siete kilómetros de Belmez, ha causado también su decadencia. La disminución de la actividad económica ha provocado y sigue provocando la emigración de sus habitantes. Pero, a diferencia de Peñarroya-Pueblonuevo, que es una ciudad puramente industrial, Belmez tiene ciertos atractivos que pueden haber alimentado la esperanza de constituir una atracción para el turismo. La vocación turística está de tal modo generalizada entre nosotros que apenas he encontrado en mis viajes por España ningún pueblo que no se crea con derecho a gozar de sus beneficios. Los lectores recordarán quizá la «postal» de Belmez que tanto se difundió con ocasión del concurso en que participó su alcalde: el pueblo blanco al pie de la desnuda y puntiaguda roca sobre la que se yergue el castillo árabe. Y aquí es donde entra de nuevo don Rafael Canalejo en nuestro relato, porque fue precisamente el muy político éxito de este alcalde, que Televisión Española consideraba algo así como el prototipo de los muy cultivados alcaldes de pueblo de España, lo que desencadenó en las fuerzas vivas de Belmez las esperanzas de salvación para su pueblo. Ya he dicho que el señor Canalejo, no sin dificultades, consiguió construir un hotel en las inmediaciones del pueblo. Construyó, además, un chalet piloto, el primero de una numerosa colonia que proyecta. El mismo, en un claro que le dejó su trabajo con la escayola, me dijo que había no sé cuántas ventas en puertas, casi todas ellas a clientes americanos. Hablaba con tal optimismo y tal entusiasmo que por un momento vi a Belmez convertido en un pequeño Puerto Rico de la provincia de Córdoba. También ha construido, junto al hotel, una «piscina olímpica», y proyecta construir algunas otras. Alguien me contó en el pueblo una anécdota a este propósito. So-

ñando un día en voz alta don Rafael Canalejo ante sus amigos y colaboradores, lanzó la idea de poner, en un lugar visible desde el complejo de las piscinas, una gran pantalla donde se proyectarían películas para recreo de los nadadores que podrían así, desde el agua, ver la película. Parece ser que tenía estudiado un sistema de veladores flotantes con bebidas frescas y canapés a prueba de agua. Y dice que un amigo del señor Canalejo, cuando éste hubo terminado de exponer su idea, le dijo, con humor finamente andaluz: «Rafael, a ver si se te va a ahogar alguno...».

El aprovechamiento publicitario de Belmez, a través de una industria de productos de consumo, no interesa menos al señor Canalejo, que la explotación de los recursos turísticos de su pueblo. Incluso le interesa más, o de modo más inmediato. Refiriéndose al complejo turístico y a las obras que piensa emprender en el castillo para convertirlo en museo, dijo que «cuando la industria de los juguetes esté en marcha, me ocuparé de esas cosas». Que don Rafael cree en estos planes lo sugiere el hecho de que, como consecuencia de su triunfo televisivo, ha abandonado una acreditada consulta de médico analista que tenía en el pueblo. En esta salsa industrial es donde yo le vi la otra tarde. El entusiasmo del alcalde es absolutamente contagioso. Oírle explicar el «Asalto al Castillo» es verdaderamente estimulante. Resulta que los moros y los cristianos que por su conquista pugnan son nada menos que magnéticos, quiero decir, que llevan un imán que garantiza la estabilidad del juego cualquiera que sea la postura y situación en que se encuentren los jugadores. El señor Canalejo me hizo una completa demostración de este extremo al colocar, con una expresión de triunfo en su cara, el tablero en posición vertical e incluso boca abajo, sin que por ello se cayeran al suelo ni los moros ni los cristianos. En el «spot» televisivo que, según él me contó, anuncia este juego, aparece un niño jugando con los pies en el techo. Para aclararme la escena, el alcalde hacía además de ponerse «patas» arriba. Pero lo que más me gustó fue el juego de la escopeta de caza destellante que mata un león con rayos de luz. Si el «Asalto al Castillo» es un prodigio debido a los imanes, este juego es el resultado de los avances en materia electrónica. En una plataforma rectangular que figura la selva africana, hay, al borde de un laguito, una madre antilope con su cría. Un león se acerca. Hasta aquí el juguete es sencillo. Se trata de unas figuritas de plástico de éstas que salen en los paquetes de detergentes. El que juega empieza a disparar contra el león con su escopeta luminosa. La fiera avanza acercándose a las inocentes y desprevenidas víctimas. Pero, ¡oh milagro de la moderna técnica!, cuando va a devorarlas, he aquí que una bala le alcanza y el león, dando un tremendo rugido, gira sobre sí mismo y retrocede al punto de partida para allí caer fulminado. Pero lo notable fue que, en el momento de contarme la escena, el pintoresco y patético alcalde del concurso televisivo, sin duda para ayudarme a comprender mejor la escena, lanzó un tremendo rugido. ¡Aughhh!, que hizo estremecer a Carbonel, al carpintero Manolo, al buen Adolfo y a los demás obreros que trabajaban en la sala y que a mí me hizo comprender el abandono en que se encuentra Belmez y toda aquella lejana comarca.

Y así transcurrió mi visita al alcalde de la «tele». ■ LUIS CARANDELL.